

 Seix Barral

Simon Stranger

El libro de los nombres





Seix Barral Biblioteca Formentor

Simon Stranger

El libro de los nombres

Traducción del noruego por
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Título original: *Leksikon om lys og mørke*

© Simon Stranger, 2018

Publicado originalmente por H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard), 2018

Publicado de acuerdo con Oslo Literary Agency

© por la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

La traducción de esta obra ha merecido una subvención de NORLA



Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-322-3676-1

Depósito legal: B. 8.233-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A

A por acusación.

A por arresto.

A por abuelo.

A por aquello que desaparecerá y quedará en el olvido. Por aquellos recuerdos y sentimientos. Por aquellos seres y pertenencias. Por aquello que ha constituido el marco de una vida. Las sillas en las que te has sentado y la cama en la que has dormido serán sacadas y llevadas a nuevos hogares. Otras manos colocarán los platos en la mesa y acercarán los vasos a los labios de otras personas, que beberán el agua o el vino antes de volverse hacia alguien en el comedor para proseguir la conversación. Objetos rebosantes de historia perderán un día su significado y se convertirán simplemente en forma, lo que un piano de cola es para un ciervo o un escarabajo.

Un día ocurrirá. Un día será el último para cada uno de nosotros, sin que sepamos cuándo o de qué manera acabará la vida. Yo no sé si pasaré mis últimas horas en una residencia para ancianos enfermos, con estertores continuos y la piel de los brazos colgando blanca y flácida como la masa de pan de un cucharón o si me moriré de repente de una enfermedad a los cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, o en un accidente.

Quizá me mate un trozo de hielo que se haya desprendido del tejado de un edificio urbano, a causa de las vibraciones provocadas por alguien al perforar el suelo de un baño en el piso de abajo, o por una corriente de aire caliente del mar que haga que el trozo de hielo se deslice de ventana en ventana de salones y dormitorios y acabe golpeándome en la cabeza, mientras voy leyendo noticias en el móvil con la nuca agachada, y el teléfono se me resbale de las manos y se quede iluminado en la acera, mientras la gente se aglomera espantada, formando un semicírculo a mi alrededor. Transeúntes ocasionales a los que se les recuerda de repente ese precipicio que está siempre muy cerca de cada uno de nosotros, pero que rara vez se ve: que todo lo que somos y tenemos puede sernos arrebatado en medio de lo normal y corriente.

En la tradición judía se dice que el ser humano muere dos veces. La primera, cuando el corazón deja de latir y se apagan las sinapsis del cerebro, como cuando se va la luz en una ciudad.

La segunda es cuando el nombre del muerto se menciona, lee o piensa por última vez, cincuenta, cien o cuatrocientos años después. Hasta entonces la persona no ha desaparecido realmente, pero en ese momento es borrada de la vida en la Tierra. Esa segunda muerte fue el punto de partida del artista alemán Gunter Demnig, cuando tuvo

la idea de fabricar pequeños bloques de latón, grabar en ellos los nombres de judíos asesinados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial e incrustarlos en la acera, delante de los edificios donde las familias habitaban. Los llamó *piedras obstáculo*. Esta obra de arte es un intento de aplazar la segunda muerte, porque, al grabar los nombres de las víctimas en el suelo, el artista pretende que, en el transcurso de las futuras décadas, los transeúntes se inclinen para mirarlos, manteniendo así vivos a los muertos, y a la vez, que el recuerdo de uno de los capítulos más terribles de la historia de Europa siga vivo en forma de cicatrices visibles en el rostro de las ciudades. Hasta ahora se han colocado sesenta y siete mil de estas piedras en distintas poblaciones de Europa.

Una de ellas es la tuya.

Una de esas piedras lleva tu nombre y está incrustada en la acera donde tú vivías, en la ciudad de Trondheim, en el centro de Noruega. Hace unos años mi hijo se agachó frente a esa piedra y con su manopla de lana limpió el metal de restos de piedrecitas y suciedad.

—Aquí vivió Hirsch Komissar —leyó en voz alta.

Mi hijo cumplió diez años poco después de aquello y es uno de tus tataranietos. También lo es mi hija, que aquella primavera tenía seis años y me abrazaba. Mi mujer, Rikke, estaba a mi lado y en el círculo, como si nos hubiéramos reunido para depositar una urna funeraria, también se encontraban mi suegra, Grete, y su marido, Steinar.

—Sí, era mi abuelo —dijo Grete—. Vivió justo aquí, en la segunda planta —añadió, volviéndose hacia las ventanas del edificio que teníamos detrás, desde las que solías contemplar la ciudad en otros tiempos, cuando existían otras personas que no éramos nosotros. Yo seguía con mi

hija abrazada al cuello, mientras mi hijo seguía leyendo los hechos grabados en el latón.

AQUÍ VIVIÓ
HIRSCH KOMISSAR
NACIDO 1887
ARRESTADO 12.1.1942
FALSTAD
ASESINADO 7.10.42

Grete dijo algo sobre la invasión que nos pilló a todos desprevenidos, contó la historia de cómo su padre descubrió de repente a los soldados la mañana del 9 de abril de 1940, cuando desfilaban por las calles con sus abrigos grisáceos, marcando el compás con las botas contra el suelo. Rikke se levantó para participar en la conversación y mi hija se colocó junto a ella. Sólo mi hijo y yo nos quedamos agachados junto a la piedra obstáculo. Pasó la manopla por la última línea antes de levantar la vista.

—¿Por qué lo mataron, papá?

—Porque era judío —contesté.

—Sí, pero ¿por qué?

Vi de reojo la mirada de Rikke, que participaba a la vez en las dos conversaciones.

—Pues... porque los nazis quisieron matar a todos los que eran diferentes. Y odiaban a los judíos.

Mi hijo se quedó callado.

—¿Nosotros también somos judíos? —preguntó. Sus ojos marrones estaban despiertos, concentrados.

Parpadeé varias veces mientras me preguntaba qué sabía él de la historia de la familia. ¿Qué sabían mis hijos de la parte judía de la familia? Seguramente habíamos hablado de que los tatarabuelos por parte de su madre

habían inmigrado de diferentes partes de Rusia hacía más de cien años. Seguramente habíamos hablado de la guerra, de la huida del bisabuelo Gerson, a quien los dos habían conocido antes de que muriera.

Rikke tomó aire para decir algo, pero de nuevo fue absorbida por la conversación con Grete, y mi mirada se cruzó con la de mi hijo.

—Tú eres noruego —contesté, pero sentí que en esa respuesta había una especie de traición, y noté la mirada de Rikke—. Una parte de ti también es judía, pero no somos creyentes —dije, y me levanté, con la esperanza de que Rikke o Grete dijeran algo, de que ellas supieran mejor que yo qué contestar, pero la conversación ya había avanzado, siguiendo la lógica de las asociaciones, e ido muy lejos.

«¿Por qué lo mataron, papá?»

Esa pregunta me persiguió durante los meses siguientes, resultaba difícil de contestar, porque el tiempo se va cubriendo de capas de olvido, ocultando el pasado. No obstante, hojeando en distintos archivos y hablando con otros miembros de la familia, los sucesos del pasado fueron emergiendo lentamente.

Enseguida fui capaz de imaginarme la nieve en el centro de Trondheim.

El vaho de la respiración de las personas que pasaban por delante de esas pequeñas e inclinadas casas de madera.

Pronto quedó claro que el final de tu vida empieza un miércoles por la mañana, en medio de todo lo normal y corriente.

Es el 12 de enero de 1942. Estás detrás del mostrador de la tienda de moda que regentas con tu mujer, rodeado de expositores de sombreros y bustos con abrigos y vesti-

dos. Acabas de abrir la puerta a la primera clienta del día y le estás explicando vuestras ofertas cuando el teléfono te obliga a dejar el cigarrillo y la libreta de pedidos.

—Paris-Wien, dígame —contestas automáticamente, como has contestado miles de veces.

—*Guten Morgen* —dice un hombre al otro lado del auricular, y continúa en alemán—. ¿Estoy hablando con Komissar?

—Así es —contestas, también tú en alemán, y piensas por un instante que el que llama puede ser algún proveedor de Hamburgo, debido tal vez a problemas con la aduana. Quizá con la entrega de esos vestidos de verano que encargaste, pero, si es así, tiene que tratarse de un empleado nuevo, porque esa voz no pertenece a nadie que conozcas.

—¿Hirsch Komissar, casado con Marie Komissar?

—Sí... ¿Con quién hablo?

—Llamo del servicio de seguridad de la Gestapo.

—¿Sí?

Levantas la vista de la libreta de pedidos, ves que la clienta se da cuenta de que pasa algo y vuelves la cara hacia la pared, mientras te late el pulso. ¿La Gestapo?

—Hay un asunto que quisiéramos hablar con usted —dice el hombre en voz baja.

—Ajá —contestas, vacilando, estás a punto de volver a abrir la boca para preguntar qué asunto, pero el hombre te interrumpe.

—Le ruego que tenga la amabilidad de acudir a un interrogatorio en Misjonshotellet, hoy, a las 14 horas —dice la voz al otro lado.

¿Misjonshotellet? ¿Un interrogatorio? ¿Por qué demonios te convocan a un interrogatorio?, piensas, con la cara vuelta hacia la pared. ¿Tendrá esto algo que ver con

David, el hermano de Marie, y sus simpatías hacia los comunistas? La punta de un clavo sin cabeza sobresale del marco de la puerta. Aprietas el metal con el pulgar hasta que la punta se te clava en la piel y cierras los ojos.

—¿Hola? —dice impaciente la voz del teléfono—. ¿Sigue ahí?

—Sí, sigo aquí... —contestas, apartas el pulgar del clavo y ves el punto blanco donde la sangre ha desaparecido de la carne de tanto apretar. La clienta se ha quedado parada frente al expositor de vestidos y sigue ojeando las prendas cuando te vuelves y la miras.

—Algunos de mis colegas opinan que estoy corriendo un riesgo demasiado grande con esto... —dice la voz, y oyes el sonido de un mechero que se enciende muy cerca del auricular—. Piensan que debería haber enviado un coche para que lo trajera aquí inmediatamente, evitando así que coja a sus hijos y se largue, al fin y al cabo, son ustedes *judíos*... —dice el hombre, acentuando la última palabra, antes de continuar en un tono más bajo, casi confidencial—: Pero sé que su mujer, Marie, está hospitalizada... Se resbaló en el hielo, ¿no es así?

—Sí, así es... Resbaló y se cayó en el hielo hace unos días y se rompió... el hueso ese de la cadera —contestas, sin acordarte de cómo se dice *fémur* en alemán; dudas, de hecho, de que hayas sabido jamás esa palabra. No obstante, seguro que entiende lo que quieres decir.

Cómo pudo ser tan tonta Marie y ponerse tacones altos con ese hielo, piensas. Tan imprudente, siempre elegante y con un irresistible afán de querer decidirlo todo. Si le insinúas que debería hacer las cosas de otro modo, tener tal vez un poco más de cuidado y que quizá no sea muy conveniente escribir cartas a los periódicos como hace ella, o celebrar reuniones en casa en las que discutís cues-

tiones políticas, Marie se limita a resoplar. En ese momento algo oscuro se posa en sus ojos, antes de darte a entender que pretende hacer las cosas a su manera. Ahora las ha hecho, y mira el resultado, piensas, detrás del mostrador, todavía con el auricular en la mano. La clienta te sonríe y sale de la tienda. La campanilla vuelve a sonar.

—Rotura del fémur, así es... —dice la persona sin rostro al otro lado, recordándote el término alemán—. Entonces puedo contar con que ni usted ni sus hijos se larguen, ¿no es así? En ese caso, tendríamos que ocuparnos nosotros de ella.

«Ocuparnos nosotros de ella.» Asientes en silencio con la cabeza, aunque nadie pueda interpretar el lenguaje corporal a través del teléfono, y contestas que no vais a ir a ninguna parte.

—Bien, señor Komissar. Entonces se presentará hoy aquí, a las dos. Sabe dónde está, ¿verdad?

—¿Misjonshotellet? Claro que sí.

—Bien. Adiós.

Suena un clic cuando el hombre cuelga, y tú te quedas detrás del mostrador, mientras los pensamientos te vuelan por dentro como una bandada de pájaros asustados, porque ¿qué vas a hacer ahora? Miras el reloj. Faltan varias horas para las dos. Hay tiempo de sobra, tiempo suficiente para escapar de todo, piensas, y por un instante sopesas la posibilidad de entrar agachado en la trastienda y desaparecer por la puerta del almacén. Desaparecer por los callejones y correr, correr hasta donde puedas sin parar, sin tener en cuenta el sabor a sangre en la boca, las miradas de los desconocidos o que las piernas se te agotan cuando subes corriendo las cuestas. Podrías correr hasta el bosque, esconderte entre los pinos y seguir hasta la frontera con Suecia, donde tu hija, Lillemor, vive ya

segura. *Podrías* hacerlo, piensas, pero a la vez sabes lo imposible que es esa ocurrencia, ¿porque Marie qué? ¿Y vuestros dos hijos, Gerson y Jacob? Si te largas, *ellos* se verán perjudicados, piensas, y cierras la libreta de pedidos con la mano libre, porque, aunque consiguieras avisar a Jacob por medio de un conocido en la Escuela Superior de Ingeniería, no encontrarías a Gerson, porque Gerson está de excursión en el campo con unos compañeros de estudios, ¿y qué le ocurriría si al volver a la ciudad se encontrara con los alemanes esperándolo delante de su casa? ¿Y qué harían con Marie?

¿Son ciertos esos rumores que han empezado a circular por las tiendas, en las cenas y en la sinagoga, de que los judíos están siendo enviados a campos especiales en el extranjero? ¿O son sólo cuentos, exageraciones, como esas fantasías que tenías de niño en las que veías toda clase de monstruos salir de la oscuridad por las noches?

Llamas a una de las empleadas que trabajan a media jornada y le preguntas si puede ir a sustituirte. Le cuentas que te han convocado a un interrogatorio y le preguntas si puede ocuparse de la tienda durante los próximos días, en caso de que la cosa se prolongara. Luego llamas a Jacob, le informas de lo ocurrido y le pides que intente localizar a Gerson. Jacob empieza a tartamudear, algo que le ocurre a veces cuando se pone nervioso, de modo que intentas tranquilizarlo diciendo que todo irá bien, que no será nada grave, y que vas a pasarte por el hospital para avisar a Marie. Luego cuelgas. La sustituta no tarda en entrar por la puerta, también ella con una expresión seria, casi acongojada, así que tienes que calmarla e intentar quitar hierro al asunto. Te pones el abrigo, dices hasta luego y te diriges al hospital.

¿De qué *asunto* se trata realmente? Quizá no sea más que una vaga acusación de algo por lo que no te podrán

arrestar, piensas, mientras subes las cuestas, pendiente de pisar sólo por donde han echado tierra, y de agarrarte al pasamanos para no resbalar en los montones de hielo de los escalones de piedra, que recuerdan a escurridizas medusas.

A lo mejor no se trata de nada serio, porque ¿qué has hecho tú realmente? Nada. Seguro que no es más que una formalidad, un registro de la población judía, o, en el peor de los casos, que desean información sobre el hermano de Marie, piensas, al doblar la curva del hospital.

Unas horas después te interrogan en Misjonshotellet. Las habitaciones están atestadas de jóvenes uniformados. Un caos de soldados hablando, fumando y dando recados. El hombre que está sentado detrás del escritorio, enfrente de ti, da golpecitos con la punta de una pluma en los documentos de la mesa y te lanza una mirada fría y dura.

—Me han dicho que procede usted de Rusia. ¿Es así?

—Así es.

—¿Y que habla cinco, o acaso eran seis, idiomas?

—¿Sí? —contestas, inseguro de adónde quiere llevarte.

—Pues eso no es muy normal... Es usted ingeniero, ha estudiado en varios países: Inglaterra, Alemania, Bielorrusia... Y, sin embargo, ¿regenta con su mujer una tienda de ropa normal y corriente?

—Sí, así es, yo... —empiezas a decir, pero el hombre te interrumpe.

—Y luego es *judío* —dice, reclinándose en el sillón—. ¿Cuál es su relación con David Wolfsohn?

—Es el hermano de mi mujer —contestas, sabedor de que aquello sería por él, pero entonces llega la sorpresa.

—Sabe usted que es ilegal escuchar la BBC, ¿verdad?

—Sí —contestas, notando que tus dedos se buscan sobre tu regazo.

—¿Sabe que es ilegal difundir noticias de Inglaterra?
Asientes con la cabeza.

—¿Y que uno tiene la obligación de comunicarlo
cuando alguien al que conoce realiza tal actividad?

¿Cómo pueden saber eso?, piensas, buscando desesperadamente en la memoria lugares en los que has estado, donde se ha hablado de las últimas noticias procedentes de Inglaterra, pero no sabes dónde puedes haber estado ni quién puede haberlo escuchado.

—Tenemos pruebas de que esas noticias fueron difundidas en un determinado café... Kaffistova.

Esa era la respuesta. Kaffistova, claro.

—También sabemos que frecuenta con asiduidad el puerto, ¿podría decirnos qué va a hacer allí? —prosigue.

—Voy a recoger mercancía —contestas. Alguien tiene que haberte seguido. Alguien tiene que haber escuchado a escondidas tus conversaciones y la que mantuviste en Kaffistova. Alguien que sabe noruego, pero ¿quién?

—Tendrá que permanecer aquí mientras este asunto se investiga más a fondo —dice el hombre sentado detrás del escritorio, echándote con un gesto de la mano, a la vez que mira a uno de los soldados que hay junto a la puerta—. Gracias, señor Komissar —dice mientras aparta tu expediente y pide a los guardas que te acompañen hasta una celda en el sótano.

A la mañana siguiente aún piensas que te dejarán en libertad, que alguien dentro del sistema comprenderá enseguida que no constituyes un peligro para el Tercer Reich, y que les resultará más barato y más sencillo dejar que sigas viviendo como hasta ahora, pero en ese momento tres soldados entran en la celda, te saludan ama-

blemente y te piden que pongas las manos a la espalda. Sientes el frío metal de las esposas rozarte la piel.

—¿Adónde vamos? —preguntas en alemán.

—Venga —dice uno de los guardas. El hombre te conduce escaleras arriba por un pasillo y luego hasta un patio donde la nieve cae copiosamente. Un coche negro con el motor en marcha está esperándoos. Te meten en el asiento de atrás. A continuación, salís de la ciudad. Tras un buen rato te das cuenta de adónde os dirigís.

El campo de prisioneros de Falstad.

A una hora de Trondheim. Un edificio de hormigón blanco, con un patio central, rodeado de barracones y alambradas, donde la nieve se ha posado como una fina capa blanca sobre los retorcidos hilos de metal.

Se abre la puerta, atravesáis el patio, pasáis junto a un desnudo abedul y te conducen hasta la primera planta del edificio. Allí ves las puertas de las celdas, una tras otra. Puertas de madera con rejas torcidas delante de los ventanucos. Aparece una cara. Otro prisionero. Dos guardas te miran mientras te desnudas, están justo fuera de la celda, luego te encierran en una de ellas. Un cuartucho alargado con una ventana en un extremo y una litera. Echan el cerrojo a la puerta detrás de ti, y notas que el miedo aflora en el instante en el que te das cuenta de que no puedes huir, de que seguramente esto sea el fin, y todo haya sucedido por última vez.

A por el alcohol que notas que vas echando de menos las primeras semanas en el campo de prisioneros, por la añoranza de una embriaguez que podría haber suavizado el entorno y los pensamientos, haciendo que la confusión, la rabia y el miedo se atenuaran, envueltos en un sopor de olvido.

A por las asociaciones que pueden aparecer en cualquier momento, ya sea camino de los trabajos forzados, en el comedor o en el bosque. Momentos de recuerdos repentinos y completamente inesperados, como si todo lo que existe fuera la apertura a algo distinto.

Los grandes surcos producidos por las ruedas de camiones en los alrededores del campo pueden llevarte de repente a los caminos llenos de barro de donde pasaste tu infancia, en la parte judía de la Rusia del zar, con gallinas de color marrón claro cacareando detrás de las vallas y un perro pulgoso al que siempre intentabas evitar.

Ver a un guarda que echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos a la luz del sol puede de repente hacerte pensar en tu época de estudiante en Alemania, en los repentinos destellos de felicidad cuando te sentabas en un banco a relajarte durante algún descanso de la sala de lectura, en un país del que aún no se habían apoderado los nazis.

Una camisa recién lavada y tendida junto a uno de los barracones, tensada como una vela cuando sopla el viento, puede de repente llevarte a la tienda que Marie y tú habéis creado de la nada o al lugar de acogida de refugiados de Uppsala que cometisteis la estupidez de abandonar, donde las prendas se tendían delante de las casas y los niños corrían por todas partes.

A por el aspecto de los rostros de la familia, que sueles evocar en la memoria cuando por fin cae el silencio sobre el campo de prisioneros en la noche y tú estás tumbado en la celda con los ojos cerrados pensando en las rampas

para trineos por las que pasas camino de los trabajos forzados en el bosque de Falstad: una lisa franja de nieve y hielo junto a una granja en la que rayas negras de tierra y piedra han sido pulidas por pequeños cuerpos infantiles bajando a toda velocidad, con las mejillas rojas de frío y gritos de alegría saliendo de sus pequeñas bocas.

A por las abandonadas historias que hay bajo las piedras obstáculo y que han salido a la luz durante los últimos años. Un número repentino y abrumador de historias, como esas bandadas de insectos que solían salir de debajo de las piedras cuando de niño las levantabas.

Querido Hirsch: éste es un intento de aplazar la segunda muerte y alejar el olvido, porque, aunque jamás podré contar toda la historia sobre lo que te sucedió, puedo obtener retazos de ella, unirlos y dar vida a lo que ha desaparecido. Yo no soy judío, pero mis hijos, tus tataranietos, llevan sangre judía. Tu historia es su historia. ¿Cómo puedo yo, como padre, intentar explicar ese odio?

Aquella mañana, la piedra obstáculo me transportó a pequeñas ciudades y lugares en los que nunca había estado, a archivos, a conversaciones, a libros y a álbumes de fotos de familia. Sobre todo, me condujo al relato de una casa muy especial en las afueras de Trondheim. Una historia tan macabra y monstruosa que al principio pensé que no podía ser verdad, porque esa vivienda unifamiliar mezcla nuestra común historia familiar con la historia de Henry Oliver Rinnan, un joven que acabó siendo uno de los peores nazis de Noruega.

Una casa con un mote que empieza por B.
Bandeklosteret. El Convento de la Banda.